tenece. Yo no hago más que decir un poco de lo mucho que hacéis; reflejar imperfectamente vuestras ignoradas virtudes. Dios señala á cada cual el trabajo según su fuerza. A los que valéis más, dice: "Dad altos ejemplos." A los que valemos menos: "Recoged los altos ejemplos y formad la regla."

011736

CAPITULO I.

¿QUÉ ES EL DOLOR?

Hay un enlace tan íntimo entre nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestras acciones; influye tanto lo que pensamos en lo que hemos de hacer, lo que hemos hecho en lo que habremos de pensar y sentir; la idea, el sentimiento, la acción se eslabonan de tal modo para formar un círculo, en que cada fenómeno es á la vez causa y efecto, que no será nunca excesivo el empeño que tengamos en rectificar nuestros errores, á fin de que una idea equivocada no nos conduzca á una acción culpable.

Será muy difícil que al visitar al pobre aliviemos su dolor, consolemos su miseria espiritual y corporal, si antes no forma-

mos una idea exacta de nuestra posición respectiva; si no llevamos una humildad y una tolerancia sentida y razonada; si no podemos responder con exactitud á estas tres preguntas. ¿Qué es el dolor? ¿Qué es el pobre? ¿Qué somos nosotros? Si damos á cada una de estas preguntas su verdadera respuesta; si la meditamos y nos identificamos con ella, entraremos á visitar al pobre en tal situación de espíritu, que ocuparemos siempre el lugar que nos corresponde, y haremos todo el bien que debemos hacer.

El dolor no es para las sociedades ni para los individuos un estado transitorio, una consecuencia pasajera de circunstancias especiales ó deplorables errores, sino una necesidad de nuestra naturaleza, un elemento indispensable de nuestra perfección moral. Por eso no debemos mirarle como un enemigo, sino como un amigo triste, que ha de acompañarnos en el camino de la vida.

Imaginemos, si es posible, una sociedad sin dolores, y creyendo encontrar una mansión de delicias, hallaremos un pueblo de mónstruos repugnantes. El que no

recibe más que impresiones gratas, se degrada física y moralmente, se envilece sin remedio. Sin lucha, sin contrariedad, sin abnegación, sin prueba, sin sacrificio, sin dolor, en fin, no es posible moralidad ni virtud. ¿Quién cambia los groseros instintos en elevados afectos? El dolor. La amistad, que no existe sin los amargos días de prueba; el amor, que se purifica orando junto á un lecho de muerte ó sobre una tumba querida; el afecto maternal, tan sublime en sus temores y en sus penas; el heroísmo, que bajo cualquier forma que se le considere se riega con lágrimas ó con sangre; el arrepentimiento, que no existe sin la amargura de la falta; el perdón, que ha saboreado el desconsuelo de la injusticia; todo cuanto hay en el hombre, grande, puro, santo, ¿dónde tiene su origen? En el dolor. Examinemos bien todo lo que nos interesa, nos conmueve, nos admira, nos entusiasma, y hallaremos en el fondo algún dolor, algún grave dolor como su raíz necesaria.

Por el contrario, el placer, ya lo hemos dicho, enerva y degrada: es un árbol de bella flor y envenenado fruto, cuya som-

bra es mortal. El que no recibe más que sensaciones gratas, no sabe pensar ni sentir: no comprende, ni padece, ni ama; no es hombre. Su ser moral carece de un elemento esencialísimo, y despreciable y despreciado, arrastra una vida perjudicial para sí é inútil para los otros.

Hastiado y egoísta, busca el placer como la mariposa la luz en que perece: va apurando una tras otra la copa de todos los deleites y leyendo en el fondo de cada una: *vacío, degradación, ruina.* La miserable naturaleza humana no soporta impunemente la dicha sin contratiempo: el bien sin mezcla de mal, que no corrompa y degrade, no es la felicidad de la tierra, es la bienaventuranza del cielo.

No llevemos, pues, enfrente del dolor, una impaciencia hostil, ni la idea de combatirle, sino la de consolarle, utilizándole para la perfección moral de quien le sufre y de quien le consuela.

El dolor es el gran maestro de la humanidad. ¡Qué lección tan sublime encierra á veces una lágrima que vertemos ó que enjugamos!

El dolor espiritualiza al hombre más

grosero, torna grave al más pueril, le aleja de las cosas de la tierra, y parece que le hace menos indigno de comunicar con Dios.

El dolor levanta al caído, abate al fuerte, confunde al sabio, inspira al ignorante, y establece un lazo de amor entre los que se aborrecían.

El dolor purifica lo que está manchado, santifica lo que es bueno y diviniza lo que es santo. Acostumbrémonos, pues, á mirarle como un poderoso auxiliar, que Dios nos envía para la perfección del hombre; como el solo cauterio que puede poner coto á la gangrena de la corrupción humana.

Pero ¿cómo esta corrupción es tan grande, si el remedio se ve por todas partes con profusión lastimosa? El dolor enseña, purifica y eleva: donde quiera que volvamos los ojos, vemos dolores sin número: ¿cómo, pues, no poseemos todos la verdadera ciencia y somos puros y grandes? ¡Ah! Porque el dolor sin compasión, en vez de moralizar, deprava; y no es un elemento de moralidad sino á condición de ser compadecido y consolado. Hijo

mísero de la tierra, sólo enlazado con la caridad que viene del cielo, produce el arrepentimiento y el heroísmo, las lágrimas santas de la gratitud y las de la compasión, que caen como un divino bálsamo sobre las heridas de la humanidad culpable y aflijida.

Hemos dicho que en el fondo de todo lo que nos admira y conmueve, hay siempre un gran dolor; ahora debemos añadir que el dolor, origen de las más grandes virtudes, suele serlo también de los más horribles crímenes. ¿Cómo así? Porque le abandonamos á sí mismo, porque le depravamos en el aislamiento, porque le endurecemos con nuestro egoísmo, porque le irritamos con nuestra alegría, y habiéndole recibido de Dios como un medio de perfección, con manos sacrílegas le convertimos en un instrumento de muerte.

Mirad aquellos dos hombres atribulados por el dolor físico ó por el dolor moral: los dos han sido maltratados por la fortuna, ó probados por la Providencia. Al uno, desde niño se le trató con dureza; nunca tuvo una mano que enjugase su llanto, un corazón que fuera el eco de sus

penas, una inteligencia que despertara la suya y la elevara á Dios. Todas sus facultades amantes se han embotado por falta de ejercicio; todos sus perversos instintos han adquirido una actividad febril: ha empezado por aborrecer á los que eran duros con él, y ha concluído por aborrecernos á todos. La dureza de los otros le ha petrificado; no hay en él ni gratitud ni compasión. Si queréis hacerle bien, os insulta; si hablarle de Dios, blasfema. El otro tuvo quien le compadeciera y lo exhortara á sufrir con paciencia por amor de Jesús, que tanto sufrió por él. Su dolor, siempre consolado, ha hecho nacer en él una resignación dulcísima. Sin apego á las cosas de la tierra, donde tanto padece, parece no estar en ella sino para dar un sublime ejemplo; y fija la vista en el cielo, bendice sus sufrimientos, y ama con amor y gratitud infinita al que le lleva consuelo.

Estas dos criaturas tan diferentes habían nacido iguales: el dolor abandonado hizo del uno un mónstruo; el dolor compadecido hizo un ángel del otro. Sin duda que el hombre puede y debe ser bue-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

no en todas las circunstancias de la vida; pero la humanidad es débil, fuerte la propensión al mal, y gravísima nuestra responsabilidad si, pudiendo evitarlo, dejamos al hombre en circunstancias tales, que no pueda salvar su virtud sin heroísmo.

Penetrados de estas verdades, tengamos á la vista del dolor una compasión resignada, que nos aparte de la dureza y de la impaciencia. Miremos las desgracias como otros tantos medios de perfección para el que las sufre y para el que las consuela; pensemos con cuánta frecuencia se invierten en la vida los papeles de consolador y consolado; repitámonos una y mil veces que el dolor compadecido purifica, y abandonado, deprava.

CAPÍTULO II.

¿QUÉ SOMOS NOSOTROS?

Si no llevamos al visitar al pobre un espíritu de humildad razonada y sentida, nuestro orgullo se notará sin que nosotros lo notemos. No hemos de tener el aire de un gran señor que consiente en descender de su esfera, ni del justo que tolera los defectos del pecador, sino de un hermano colocado por la Providencia en situación más ventajosa, que se aflige de que su hermano no pueda participar de ella, y quiere prestarle auxilio y consuelo.

Entremos dentro de nosotros mismos antes de entrar en casa del pobre, y preguntémonos: ¿Qué somos? ¿Qué hemos hecho para merecer nuestra posición, nuestras riquezas, nuestros honores? ¿Qué hemos hecho para evitar las desgracias ó

los extravíos que deploramos en otros? ¿Qué noble empleo hemos dado á nuestra inteligencia, á nuestra riqueza, á nuestro poder? ¿En qué grandes luchas ha triunfado nuestra virtud? ¿Qué grandes sacrificios hemos hecho por los que acusamos? ¿Qué sublimes ejemplos hemos dado á los que intentamos corregir? ¿Qué mérito hay de nuestra parte en no caer en faltas de que no podemos tener ni la tentación siquiera? Si esto nos preguntamos en el silencio de nuestras pasiones acalladas, si á esto respondemos en la sincerídad de nuestra conciencia, ¿quién de nosotros se atreverá á levantar la mano para arrojar la piedra de su desdén y de su cólera sobre los míseros, que Dios no colocó tan abajo sino para que los levantásemos? ¿Quién tan desvanecido por la felicidad que crea merecerla?

Todas las circunstancias que á nuestro parecer nos elevan sobre el pobre, son puramente accidentales. Nuestra fortuna constituye nuestro mérito, y rara vez podemos reclamar otro que el empleo que hagamos de sus dones. ¿Y quien de nosotros se atreverá á reclamarle? ¿Quién

hay tan ciego que se atreva á decir á Dios ni á los hombres: "Yo hice todo el bion que podía hacer, yo evité todo el mal que estaba en mi mano evitar?" ¿Quién hay que no sea justiciable de algunas de estas dos grandes faltas: hacer verter lágrimas, ó no haberlas enjugado?

¡Qué de causas atenuantes para las faltas del pobre! ¡Cuántas agravantes para las nuestras!

Desde niños aprendemos á conocer á Dios, á temerle y amarle. Nuestras facultades se educan, nuestros buenos instintos reciben expansión, siendo comprimidos los malos. Tenemos nociones exactas de lo justo y de lo injusto; á nuestros ojos aparecen el vicio en toda su fealdad, la virtud en toda su belleza. ¿Cómo, si todo tiende á elevarnos, descendemos tanto? ¿Cómo, entrando en los combates con tantos elementos de victoria, sucumbimos tantas veces? Ante el tribunal de la divina justicia, nuestra causa ha de tener más difícil defensa que la de esa *gente* objeto de nuestra caridad, muchas veces desdeñosa. Pensemos que la prosperidad se convierte fácilmente en ciego

orgullo; que, muy solícitos para averiguar si hemos merecido nuestra mala suerte, recibimos la buena como si nos fuera debida. Para entrar en casa del pobre con humildad de corazón y de inteligencia, investiguemos si en su lugar nos conduciríamos mejor que él, y á la vista de sus faltas, de sus vicios, tal vez de sus crímenes, dirijámonos esta pregunta: ¿Los pobres serían lo que son, si nosotros fuéramos lo que debíamos ser?

CAPÍTULO III.

¿QUÉ ES EL POBRE?

A esta pregunta no formulamos una respuesta categórica: pero rara vez deja de notarse en nuestras palabras y acciones cierto desdén hacia los que socorremos; desdén que en algunos casos es un matiz casi imperceptible: no está en lo que decimos, sino en el modo de decirlo, en la mímica, en la inflexión de la voz, en alguna cosa que se siente, y revela lo superiores que somos, en nuestro concepto, al pobre que visitamos. Bien injustos debemos parecer á los ojós de Dios, bien ridículos á los de la razón, cuando presumimos de gigantes, contando por estatura propia el pedestal en que nos colocó la fortuna.

Todos hemos formulado ú oído formular ciertos cargos contra el pobre, que constituyen la base de nuestro credo en la materia, y son el punto de partida de muchas acusaciones injustas, de muchos irrealizables intentos.

El pobre, decimos, falta á la verdad.

Es descuidado.

Es imprevisor.

Es vicioso.

Es ingrato.

Si en vez de decir el *pobre*, dijéramos *la pobreza*, seríamos más exactos y menos agresivos: porque los males que están en las cosas hacen pensar en grande medios para evitarlos, y mandan la tolerancia. Detengámanos un poco á examinar hasta qué punto es responsable el pobre de las faltas que le echamos en cara.

I.

El pobre falta á la verdad.

Un niño tiene hambre, tiene frío: sus padres no pueden darle lumbre ni pan: sale á la calle, alarga la mano, nadie re-

para en él. Dice que no tiene qué comer; todos pueden notar que está helado; pero todos pasan sin notarlo. Entonces exagera la verdad, como se esfuerza la voz para hacerse oír en medio del tumulto: dice que son seis hermanos, que sus padres están en el hospital, que no tiene padre ni madre, etc. Pasa uno, no lo cree; pasa otro, le da crédito, se mueve á compasión y le socorre. Aprende prácticamente que con la mentira alcanza lo que la verdad no consiguió. La mentira, pues, es un excelente medio, que adoptará sin escrúpulo: sus padres no se lo reprueban; á nadie hace daño con él....; miente un día, dos, un año..., mentirá toda la vida.

La mentira del pobre es una consecuencia de la dureza del rico y de su abandono. Si la desgracia tal como es sobrado triste en verdad, nos moviera á compasión, no tendría objeto el exagerarla; y si fuéramos á verla por nosotros mismos, quitaríamos al infeliz hasta la idea del engaño. Como está seguro que la mentira es lucrativa y que no se averigua la verdad, el pobre miente. En su

lugar, ¿no mentiríamos nosotros? Hipócrita ó ciego el que lo sostenga.

La mentira y el engaño en el pobre son la transformación de nuestra dureza: allí podemos estudiarla; está en relieve, deja ver toda su repugnante desnudez. Aceptemos la responsabilidad de las faltas que incitamos á cometer, y en vez de exclamar con altanería: *«¡El pobre miente!»* digamos con amargura: *«¡Le hemos obligado á mentir!»*

II.

El pobre es descuidado.

Para hablar de la miseria con acierto sería menester conocerla: para conocerla, haberla estudiado. Este estudio, ¿quién le ha hecho? Respondemos sin vacilar: «Nadie.» El actor del terrible drama no puede hacer más que sufrir: para los espectadores no hay punto de vista posible desde donde puedan juzgar con acierto. En unos el exceso de la indiferencia, en otros el de la compasión, en todos el de la distancia, no les permite formar una idea exacta.

Nosotros no sabemos lo que es la miseria; ignoramos cómo hace sufrir y sentir, cómo modifica moralmente al desdichado que inmola, y no obstante, queremos dictarle leyes, y ¡ay del pobre si no las guarda! ¿Qué diríamos del legislador que formulase un código sin conocer la historia, las costumbres, las leyes anteriores, la religión, el estado social, ni el país que habitaba el pueblo á quien debía regir? Pues ese legislador somos nosotros. Ignoramos lo que es la miseria, pero decimos al miserable: «Obra conforme á tales y tales reglas; de lo contrario, caerá sobre tí el anatema de mi desprecio y de mi abandono.»

El descuido del pobre, su dejadez, su falta de aseo, nos parecen harto culpables, y á veces disminuyen nuestra compasión, hacia él. Para tal y tal cosa, decimos, no se necesita dinero; un poco de cuidado basta. El pobre ha de ser limpio, porque lo somos nosotros, y tener el propio esmero con sus trapos, que nosotros con nuestras galas: la lógica no parece muy fuerte, pero no gastamos otra. Todos los argumentos que empleamos contra el des-

cuido del pobre, están sacados de nosotros mismos, de lo que nos agrada, nos conviene ó nos obliga. Detengámonos un momento á considerar si pueden ser unas mismas las inclinaciones y los deberes, cuando son tan diferentes las circunstancias.

La limpieza es una cosa muy artificial y por ella se mide exactamente la civilización de un pueblo. Los niños son todos sucios; no hay ninguno que no se impaciente cuando se le asea y no trate de impedirlo: como es débil, sucumbe en la lucha, el hábito triunfa de la inclinación, y acaba por hacerse limpio. En el pobre no hay esta lucha, ni puede haber este triunfo. Entre otras tristes herencias recibe la de la suciedad y el abandono, estando muy complacido entre la mugre, que nos causa náuseas, y respirando sin disgusto la atmósfera infecta, que nos parece irrespirable: el bienestar que resulta del aseo y del orden, no lo comprende, no le ha gustado jamás. Y luego, ¡qué prodigios de esmero necesita para ser limpio el que no tiene más que alguna camisa haraposa, el que necesita dormir vestido, la madre

que carece de ropa para mudar á sus hijos y de jabón y de tiempo para lavarlos! Insensiblemente se cae en el abandono, porque lo que es difícil todos los días, de hecho viene á no ser posible ninguno.

¿Qué nos sucede, á pesar de nuestros hábitos de toda la vida, cuando alguna pena grave nos aqueja? La mujer más pulcra, el hombre más elegante, ¿no descuidan el atavío de su persona? ¿No tienen la barba crecida, el cabello desordenado, el vestido descompuesto? ¿Cuándo se asean? Cuando se consuelan, ó se tranquilizan al menos. Esto nos puede hacer comprender, por analogía, que la miseria que impone privaciones á que no es posible habituarse, y lleva en pos de sí dolores renovados siempre, predispone á ese descuido que le echamos en cara, y por el cual más de una vez nos creemos autorizados para abandonarla. Seamos razonables y justos, y en vez de afirmar con acritud: "*¡El pobre es descuidado!*" Digamos solamente: "*¡Es bien difícil que la miseria no lleve en pos de sí la suciedad y el descuido!*"

III.

El pobre es imprevisor.

Si formamos una lista de los males que el pobre puede prever, y anotamos en ella los que puede evitar, ó atenuar siquiera después de haberlos previsto, nos asaltará esta duda: La imprevisión, ¿es una grave falta, ó una providencial compañera, que velando al pobre los males del porvenir, le deja disfrutar el bien presente?

El pobre no puede realizar economías. Si mantiene y educa á su familia, si coloca en la Caja de Ahorros algunas cortas cantidades para cuando le falte salud ó le falte trabajo, hace mucho, hace más que probablemente haríamos en su lugar los que le acusamos con ligereza. Si contempla su vejez, si la considera, debe aparecérsele como un espectro, cuya mirada lúgubre acibara todas sus alegrías. ¿Podrá evitar que sus hijos, formando otra familia, le abandonen? ¿Que, teniendo apenas lo necesario, obedezcan al instinto que nos hace atender primero á los que

nos deben el ser, que á los que nos le han dado? ¿Podrá evitar que sus fuerzas físicas se debiliten, y que llegue un día en que nadie quiera darle un jornal? ¿Podrá evitar la especie de desdén con que se mira, cuando la pierde, al que no tiene más que la fuerza material? ¿Podrá evitar que las enfermedades, compañeras de la vejez y de la miseria, hagan amarguísimos los últimos días de su vida y apresuren su muerte? Si pensara en el porvenir, ¿pudiera gozar del presente, ni tener una hora de contento y alegría? Y si todo esto es cierto, debemos acusar al pobre por su imprevisión, ó bendecir á Dios que se la envía?

Es incomprensible para nosotros este olvido del porvenir, y hay una fuerte propensión á condenar lo que no se comprende. Debemos notar un hecho, cuya analogía podrá ayudarnos á disculpar la imprevisión del pobre. Si un hombre inmortal viniera á vivir entre nosotros; si viera cómo amamos la vida, cómo tememos la muerte, ¿comprendería nuestro contentamiento, sabiendo que son tan contados los días que hemos de vivir sobre la

tierra? Cada uno que pasa nos acerca á la tumba; pasa la niñez y la juventud, somos viejos: la muerte, esa muerte tan temida, está allí á dos pasos; y ó no la miramos, ó no la vemos, y seguimos alegremente nuestro viaje, como si ignorásemos lo que hay al fin de él. Los pobres no piensan en la vejez. Y nosotros, ¿pensamos en la muerte?

Además; para que la previsión del pobre dé resultado, debe ir acompañada de una serie no interrumpida de privaciones, y al exigírselas, tal vez no hemos calculado bien la fuerza que necesitan, ni si lo que pedimos se halla muy en armonía con la naturaleza humana. He aquí una materia en que no es fácil que juzguemos con acierto, porque no podemos tener experiencia propia. No sabemos lo difícil que es quedarse con hambre todos los días de una semana, de un mes, de un año, para no carecer enteramente de pan al año, al mes, al día siguiente; no sabemos lo que es estar materializados por las ocupaciones y los hábitos de toda la vida, y renunciar al *hecho* de un goce *material presente*, por la *idea* de evitar un

mal *futuro;* no nos hacemos cargo de que el hombre es antes que todo debil y paciente, con más aptitud para sufrir los males, que para evitarlos, y que por cada mil que resistan el dolor, apenas habrá uno que resista á la tentación.

Si consideramos bien todas estas cosas, seremos más indulgentes con el pobre, comprendiendo que no es muy fácil que se prive de los goces materiales el que no conoce otros, y cuán difícil es que reserve cada día una parte del jornal, que íntegro no basta para satisfacer sus necesidades.

Sus necesidades...., entendámoslo bien, porque los pobres están siempre con hambre; y no se entienda que hablamos de los mendigos, sino de los que pueden trabajar, y trabajan. Notemos, si no, que cuando la casualidad ó la compasión, en un día solemne, dan al pobre todo lo que quiere comer, come cuatro, seis, ocho veces más de la cantidad que constituye su comida ordinaria. Seamos muy circunspectos antes de dirigir al pobre un nuevo cargo, y en vez de acusarle de imprevisor, pensemos que la previsión en él es en muchos casos de una utilidad harto problemática, y es en todos dificilísima.

IV.

El pobre es vicioso.

El hombre es vicioso en general: los vicios del pobre son más groseros, están más visibles, y sus consecuencias, si no más fatales, son más ostensibles; por eso se le dirigen cargos más severos. Seguramente el vicio es odioso, donde quiera que esté; pero suéle ser más disculpable allí donde parece más repugnante.

El vicio viene de la preponderancia de la materia sobre el espíritu. ¿Y qué hacemos para espiritualizar al pobre, para hacer penetrar la luz de la religión y de la ciencia, la verdad bajo todas sus formas, á través de esa ruda corteza, que cubre sus más nobles facultades? ¿Qué hacemos para arrancarle de la taberna, del garito, de la orgía? ¿Por qué la ley da tutor al niño, al joven? ¿Es tal vez porque su cuerpo es débil? No, es porque es débil su razón. La del pobre lo es siempre; es menor toda la vida, y menor sin que haya nadie que se encargue de su tutela.

De niño, de joven, ni de adulto, ¿quién le enseña grandes verdades, ni le inspira elevadas ideas? ¿Quién vigila sus juegos ni sus diversiones, para que la necesidad de descanso no se convierta en fuente de corrupción? ¡El descanso del pobre! He aquí su más terrible enemigo. Tras de una semana de trabajo y de privaciones, el sábado por la noche no le preocupa la idea de madrugar al día siguiente, y tiene dinero. ¡Qué tentación! Allí está la taberna, donde entran sus amigos á gozar los únicos goces que él comprende. Primero se bebe, se habla y se ríe; después se jura, se blasfema, se riñe; luego....Dios perdone al pobre que peca, y al rico que no procura apartarle del pecado.

¡Cuántos vicios se evitarían, cuántos crímenes, nada más que con pagar al jornalero el lunes antes de entrar á trabajar, en vez del sábado cuando deja el trabajo! ¡Cuánto podría moralizarse al pobre, ocupándose en su día de fiesta tan fatal para él, y haciendo que le distribuyese entre sus deberes de cristiano y sus entretenimientos de hombre racional! ¡El pobre, como los niños, se divierte con tan poco!

Nosotros, al visitarle, no podemos evitar este abandono; pero debemos tenerle presente, para ser tolerantes con los vicios del pobre, que tiene menos elementos que nosotros para resistir á ellos.

La embriaguez, ó cuando menos el abuso de los vinos y licores, es una de las causas, la más poderosa tal vez, de los extravíos del pobre. Vemos ó sabemos, que el que no tiene pan para el día, emplea los pocos maravedises de que dispone, en el aguardiente de por la mañana. Esto nos indigna, inspirándonos acaso la idea de retirarle un socorro que no merece quien gasta en vicios sus pocos recursos. Reflexionemos un poco antes de condenar sin apelación.

El abuso de las bebidas espirituosas tiene su origen unas veces en la taberna, única distracción que halla el pobre, y otras *en una ley fisiológica*. Tengámoslo muy presente. Nosotros nos escandalizamos de que beba aguardiente el que no tiene pan, y los fisiólogos nos dicen que es una cosa natural y conforme con las leyes de nuestra organización. Las bebidas alcohólicas reaniman el cuerpo abatido

por la miseria, dan vigor á toda la economía, embotan la sensación del hambre, producen un bienestar físico y á veces moral, que el miserable no puede conseguir de otro modo. Este vigor artificialmente adquirido pasa luego, la reacción viene después, y el desdichado busca nueva fuerza en un nuevo estímulo. Este medio violento es fatal para la salud, que no tarda en resentirse: del uso se pasa al abuso; el hábito adquirido en la miseria se conserva, aun cuando se haya mejorado de posición, y la enfermedad y el vicio degradan el cuerpo y pierden el alma del que se abandona á la embriaguez.

Pero en muchos casos, no lo olvidemos, su orígen está en una propensión natural, en una ley fisiológica, que nos manda reparar nuestras fuerzas ante todo, buscar alimento á la combustión que da calor á nuestros miembros, aunque á la larga el combustible haya de ser fatal.

Seamos, pues, tolerantes, muy tolerantes, con los vicios cuyo origen es una desgracia.

V.

El pobre es ingrato.

En vez de exclamar: "¡El pobre es ingrato!", hablaríamos con más exactitud diciendo que el hombre en general no es muy agradecido. ¿Son tan raros los ejemplos de ingratitud entre las personas bien acomodadas? Por desgracia son más fáciles de contar los que recuerdan los beneficios, que los que los olvidan.

El pobre, decimos, se acostumbra á recibir el bien que se le hace, como si se le debiera en justicia. ¿Y nosotros no creemos que se nos debe el bien que recibimos? ¿Somos muy escrupulosos para investigar si es merecido?

Hay dos razones para que el pobre nos parezca menos agradecido que lo es realmente. La primera, lo brusco de su lenguaje, la dificultad que halla en expresarse de una manera parecida á la nuestra, lo poco habituado que está á la expansión de los afectos benévolos, de que tan rara vez es objeto: también necesita

educarse la gratitud. La segunda causa es, que á veces damos el nombre de favor á la justicia, y creemos de muy buena fe que fuimos buenos y generosos, cuando realmente no hemos sido más que justos.

Sin duda, que aún reduciendo su número conforme la razón manda, quedarán entre los pobres muchos ingratos; la ingratitud nos afligirá, es natural; pero no debe producir en nosotros cólera ni desaliento. Si no hallase más que criaturas agradecidas, resignadas, prontas á enmendarse, ¿dónde estaría el mérito del visitador del pobre? Dónde su virtud? Qué premio en el cielo, qué respeto en la tierra merecería el que marchase tranquilamente por un camino, donde no hubiera abrojos ni precipicios, derramando bienes á derecha é izqierda, sin esfuerzo alguno de su parte? La ingratitud es una prueba: sufrámosla, y dichoso el que no la merezca como castigo.

Pero si ante Dios la ingratitud es un gran pecado, respecto de nosotros, ¿no debe considerarse como una gran desventura? Si hemos padecido en la vida, si una mano piadosa ha venido á consolarnos, si

hemos derramado las dulcísimas lágrimas de la gratitud, bien celestial de los tristes, lejos de irritarnos contra el ingrato, le compadeceremos, como al que le falta un miembro ó un sentido, y diremos al dejarle: «¡Infeliz! ¡tiene la desgracia de no agradecer!»

Estas reflexiones que hacemos sobre las faltas del pobre, no significan que debamos sancionarlas; por el contrario, combatámoslas sin descanso; pero debemos llevar á esta lucha calma, tolerancia, verdadero conocimiento del origen y extensión del mal que queremos remediar; en una palabra, espíritu de caridad. El pobre no se corrige por acriminar sus vicios y darle para su enmienda facilidades que no existen; al contrario, con esta conducta se le exaspera y se le desalienta. Todos tenemos conciencia y propensión á reconocer nuestras faltas; pero si se exageran, el amor propio y el espíritu de justicia toman la iniciativa, la pasión hace oír su voz, y empezando por defender nuestro derecho; concluímos por defender nuestra culpa.

Meditemos bien la parte de responsabi-

lidad que cabe al pobre en sus faltas, y aun restemos caritativamente algo, seguros de que no hay como hacerle gracia, para que él se haga justicia. Cuando tratemos del remedio, no soñemos facilidades que no existen, que conducen á exigencias absurdas é injustos cargos. Para que una cosa difícil se haga imposible, no hay como pintarla fácil.

El pobre se extravía, necesita toda su fuerza para volver al buen camino; si le pintamos su enmienda como cosa que no exige sino un leve esfuerzo, le hace, y viéndole inútil, desconfía de nosotros y de sí mismo, se desalienta y se exaspera, pensando en que le engañamos acerca de las grandes dificultades que tiene que vencer, ó que negamos justicia al mérito de haberlas vencido. Esto no lo expresa tal vez con caridad, pero lo siente, y tiene una frase conque muy á menudo formula nuestros errores: *«¡Los señores no saben lo que son trabajos!»*

Que nunca digan esto nuestros pobres. Procuremos, por el contrario, que el desdichado repita estas palabras como una bendición: *«¡Parece que los señores han sido pobres, según nos comprenden y nos disculpan y nos consuelan!»*